



Revista CRITERIO Nº 2301 » Febrero 2005

Giorgio La Pira, ciudadano del mundo

por **Tartaro, Giuseppe**

El 9 de enero de 1904 nació en un pequeño pueblo de Sicilia esa personalidad fascinante e irreplicable que signó con su obra y su pensamiento de católico comprometido no sólo los escenarios del mundo político italiano de posguerra, sino también muchos complejos conflictos internacionales.

En ocasión de conmemorarse el centenario el año pasado, comenzó a publicarse en Italia una abundante bibliografía que hace justicia finalmente con la memoria de este gran político que supo leer con mirada profética los acontecimientos de la historia y captar con excepcional discernimiento contradicciones y promesas.

La figura de La Pira se libera así de los encasillamientos e interpretaciones que habían construido sus detractores, no obstante reconocer su integridad moral y su indiscutida honestidad intelectual. Se usaron en la prensa acriticamente alineada con los poderosos, expresiones tan superficiales como desacreditantes: “bolchevique evangélico”, “pequeño comunista de sacristía”, “pez rojo en el agua bendita”. También conviene volver a considerar todo el anecdotario que lo pintaba como un hombre bueno y generoso, pero extravagante; soñador desapegado de todos los bienes materiales, pero incapaz en el plano político. Parecían darle razón a estos juicios ciertos pequeños hechos de la vida cotidiana. Usaba las medias blancas de los frailes del convento de San Marcos, en Florencia, donde vivió. En una oportunidad, habiendo ya regalado su propio abrigo, le dio el de un colega diputado a un pobre en la puerta del Parlamento en pleno invierno.

De joven, La Pira atravesó momentos de duda y de búsqueda. “Nosotros somos como perros vagabundos” le escribía a su amigo poeta Salvatore Quasimodo, quien luego sería premio Nobel de literatura (1959). Pero su conversión a la fe, acaecida en 1924, no le significó –como muchas veces sucede con los conversos– asumir una actitud integrista.

Si bien en los consensos políticos nacionales e internacionales alcanzados, e inclusive en el difícil ambiente universitario florentino donde ya era docente a los 23 años, se presentaba con genuina transparencia como cristiano y católico –invocando incluso en su prosa apasionada a santos y ángeles, al Señor y a la Virgen– nunca se dijo poseedor de la verdad absoluta, como tampoco esgrimió el Evangelio como doctrina polémica (en todo caso daba testimonio de él y lo ofrecía como propuesta de vida “buena” para todos: promesa de Dios en la historia para los creyentes, sentido común y racionalidad para los no creyentes).

Su reflexión tiene lugar en el ámbito de esa vigorosa renovación del tomismo que se manifestó en Europa en la década del '30. En un continente humillado por la falta de humanismo y por la presencia de totalitarismos, muchas voces se levantaban con urgencias éticas. Baste recordar a Jacques Maritain y Emmanuel Mounier. Ellos veían la posibilidad de crear un nuevo humanismo a partir del gran doctor de la Iglesia. Si bien la reflexión de La Pira parte de allí, no se desarrolló según una estructura orgánica. Observaba Ernesto Balducci que no podía ser de otra manera dada su personalidad tan compleja. La Pira fue percibido según las épocas como ingenuo, astuto, clerical, desprejuiciado, tradicionalista, de vanguardia, tímido, provocador, dogmático, hipercrítico. “En la estructura de su personalidad parecía faltar el punto de cohesión que le diera unidad a actitudes tan dispares. Ese punto existía y era la fe”¹.

¹ Ernesto Balducci, *Giorgio La Pira, San Domenico di Fiesole*.



Destino de unidad para el género humano

Giorgio La Pira esbozó una personal filosofía de la historia no ajena a la teología. La tesis de Isaías, como decía él mismo, entraba ya en la fase final: donde la familia humana camina por el *desfiladero apocalíptico de la historia*. De un lado, la paz epocal anunciada por Isaías, el desarme de las naciones, el final de la explotación de los pueblos, la reconciliación con la naturaleza ofendida y humillada. Del otro, la destrucción total del hombre y del planeta.

No obstante las aparentes contradicciones, sabía percibir en los acontecimientos contemporáneos algunos signos –incluso mínimos– que nos llevarían por un camino lento y gradual hacia la verdad del mensaje bíblico, releído a la luz de la metafísica de Tomás de Aquino: “unidad del intelecto, unidad de la familia, unidad de la Iglesia, unidad de la triple familia de Abraham, unidad articulada de todo el género humano... para avanzar, a través de las generaciones, hacia las inevitables fronteras de la Tierra prometida, la utopía y la paz”².

Para La Pira, hasta las derrotas y los conflictos inevitables tenían su valor; acaso para tomar un descanso o volver a pensar las cosas, para explorar nuevos caminos en los largos tiempos de lo que él llamaba “la historiografía de lo profundo”.

En esta perspectiva, fue incansable peregrino de paz incluso donde las situaciones parecían no dejar margen a la esperanza. De sus ansias interiores nacieron iniciativas originales con resultados a veces inesperados: los encuentros por la paz en los años '50, sus viajes a Moscú y, en 1965, a Hanoi. Pocos parecen recordar la importancia de su encuentro con Ho Chi Min, ocasión frustrada miserablemente por culpa de ciertos ambientes políticos norteamericanos. No resulta extraño que después de la terrible tragedia de la guerra de Vietnam, cuando finalmente se firmó la paz en París, fuera La Pira el único occidental invitado por los vietnamitas. Cabe señalar además sus “coloquios del Mediterráneo”: no era el mundo que debía salvar a Medio Oriente, sino Medio Oriente al mundo. Volvía a proponer una “historia de la salvación” en otros horizontes.

El compromiso de todo cristiano

“Nuestro plan de santificación –decía– es desconcertante: muchos creen que basta el muro silencioso de la oración y de la fuerza interior. Pero no es así. Tenemos que comprometernos con la realidad para comprender las palabras de Jesús: *Sufrirán tribulaciones... Toma tu cruz y sígueme...* No basta una actitud interior, es imperioso que la vida se construya a través de los canales externos que la hacen circular por la ciudad del hombre. Hay que transformar la sociedad”³.

Este estilo personal se encuentra ya en los artículos de la revista *Principi* que fundó en Florencia en 1939, durante los tiempos difíciles del régimen fascista y que signó la vida cultural de la ciudad. Ya entonces La Pira defendía la paz, la no violencia, la importancia central de la persona y la libertad.

Escribía en 1940: “Si la libertad define al hombre, ella es el fundamento de todo edificio humano. Y esto vale para el individuo y para las sociedades. Todo sistema social debe apoyarse sobre los dos elementos constitutivos de la libertad: la espontaneidad y la espiritualidad. Antinaturales y transitorios, además de perversos, son todos los sistemas sociales, políticos y jurídicos que sustituyen el primado del

² Mari Cioffi, *Giorgio La Pira. Sul sentiero di Isaia*, Vita e Pensiero, 2, 1990.

³ Giorgio La Pira, *L'anima di un apostolo*, Milano 1932.



espíritu por el de la materia y el de la carne (sistemas materialistas y racistas), y el primado de la espontaneidad por la violencia y la coacción (sistemas de tiranía)”⁴.

Es claro que con semejantes ideas y propuestas la revista fuera censurada (llegó al número once). Su concepción de la política como la forma más alta de la caridad y como gran vocación ineludible lo convenció de la urgente necesidad de formación. Supo crear estructuras donde se educaron en lo social y en lo político enteras generaciones de jóvenes.

En septiembre de 1970, hablando a quienes se formaban en uno de estos cursos, dijo: “Un amor a Dios que no se confronte con un amor concreto por los hermanos es mentira y farsa. La nuestra debe ser una obra de sensibilización y de toma de conciencia para que los jóvenes, en gran parte pasivos y ausentes en la vida política y social, se comprometan a luchar activamente contra la explotación, el subdesarrollo, la pobreza y la guerra. Tenemos que construir la paz, la justicia social y la libertad. No nos preocupa que esos jóvenes formen parte de un partido o de otro, sino que sepan discernir, moverse y participar”⁵.

Cuando la protesta juvenil de fines de los años 60 y principios de los '70 pareció abarcarlo todo, La Pira se mostró entusiasmado y esperanzado: “Los jóvenes son como las golondrinas... ¿Por qué migran las golondrinas de un continente a otro? Porque cambió la estación. Y cuando la estación cambia, el movimiento migratorio es inevitable e irresistible. Quieren que la historia pase del invierno a la primavera”⁶.

El primado de la persona

Todo el largo período de reflexiones que se fue dando en esos años, incluso el forzado alejamiento de Florencia por sus actividades antifascistas, culminó en la elaboración, junto con Giuseppe Lazzati, Aldo Moro y Giuseppe Dossetti, de los conceptos que aparecen en la Asamblea Constituyente de 1947.

Se trata de las ideas fundamentales que guiarán, a pesar de las contradicciones y de los cálculos interesados de no pocos políticos, los primeros pasos del joven Estado republicano: el primado de la persona sobre el Estado (especialmente cuando al Estado se lo entiende hegelianamente como único protagonista de la historia y única fuente del derecho), la autonomía de la política y su función de servicio, el valor de las organizaciones intermedias (partidos, asociaciones, sindicatos) y la insistencia en los derechos sociales sin menoscabo de los individuales (salud, instrucción, trabajo).

La ciudad

En 1951 La Pira fue elegido alcalde de Florencia. Con una breve interrupción se mantendrá en el cargo hasta 1965. De la ciudad, se considerará más un guía espiritual, una suerte de tutor, un garante de los pobres, que un simple administrador. Por ello se encontró no pocas veces enfrentado con los “notables” de la Democracia Cristiana, su partido de referencia.

También la ciudad era para él un signo de los tiempos. Percibía el interés creciente en los estudiosos de urbanística y de sociología. Su especial atención por la vida ciudadana se debía a varias razones: la preocupación por las ciudades que habían sido víctimas de la guerra, el sueño de una unidad que más fácilmente creía realizable en las comunidades ciudadanas antes que en las burocráticas mediaciones estatales... Con original sensibilidad poética, La Pira percibía esa conjunción humana y divina propia de

⁴ Giorgio La Pira, *Valore della libertà*, Principi, n.1-2, 1940.

⁵ Prospettive, 85, 1984.

⁶ Giorgio Giovannoni, *Come le rondini*, Prospettive, 111, 2001.



las ciudades. Florencia era para él una hermana de Jerusalén, prefiguración e icono de la ciudad celestial. La Pira tenía siempre presente aquel paso del Apocalipsis donde el ángel toma las medidas de la Ciudad santa en sus tres dimensiones: alto, largo y ancho. Para él eran símbolos que invitaban a la reflexión sobre la jerarquía de los valores que debía gobernar una comunidad (lo alto), el tiempo de la historia y las raíces de la identidad y del futuro (lo largo), la invitación a mirar más allá de las murallas para alcanzar el mundo entero y construir una sociedad más justa y pacífica (lo ancho)⁷.

Estas consideraciones no fueron meras abstracciones. Sus deducciones políticas tenían consecuencias inmediatas. A sus discursos seguían siempre e inmediatamente los hechos. Para él la ciudad tenía que ser, más allá de toda otra lógica, un lugar para rezar (la iglesia), para amar (la casa), para trabajar (el taller), para restablecerse (el hospital). “No podré invocar –escribía– como excusa de mi inacción o de mi ineficiencia razones científicas de un sistema económico fundado sobre presuntas leyes”⁸. Como alcalde llevó adelante la reconstrucción de una ciudad gravemente herida por los bombardeos, construyó el nuevo teatro comunal, reconstruyó los puentes sobre el río Arno, el barrio popular Isolotto (tras la novedosa idea urbanística de las “ciudades satélite”). Se ocupó de proyectar el barrio Sorgane y realizó la empresa central láctea. El problema de los miles de obreros que sufrían la amenaza de perder el trabajo lo comprometió personalmente. Los diarios conservadores hablaban de este “comunista blanco” o “comunista conventual”. Estuvo presente en las manifestaciones de los desocupados y supo obligar a los “poderosos” a volver sobre sus pasos cuando el cinismo había ganado sobre el sufrimiento de las familias. A Luigi Sturzo que le reprochaba que “los católicos deben ser interclasistas y no estatistas”, porque ello llevaría hacia un *marxismo espurio*, La Pira contestaba presentándole cifras: 10.000 desocupados, 3.000 sin techo, 17.000 asistidos en cuanto pobres. “Frente a todos estos heridos echados por tierra por los ladrones, como en la parábola del samaritano, ¿qué debe hacer un alcalde? ¿Puede lavarse las manos con la excusa de que no es estatista sino interclasista?”⁹.

Particularmente traumática para el mundo burgués fue su decisión de ocupar temporariamente los inmuebles deshabitados para dar acogida a los damnificados por el aluvión del Polesine, según una ley de 1865, pero sobre todo inspirada en el concepto patrístico sobre el destino universal de los bienes.

La fuerza de la oración

La Pira fundamentaba toda su acción en una intensa vida espiritual, donde la oración ocupaba un lugar privilegiado: oración de intercesión, de agradecimiento y de contemplación. Oración que él mismo pedía a otros. Durante veinte años, el político y el alcalde, el diputado y el docente, incansable luchador por la justicia y la paz, mantuvo un original intercambio epistolar con las religiosas de clausura a cuya oración había encomendado su trabajo. “Diálogo que le permitió a La Pira animarse a las más osadas acciones sabiéndose sostenido por la oración de sus hermanas, sobre todo en las oscuras horas que no faltaron en su vida”¹⁰.

Escribe en una carta de 1957: “Hoy se busca con pasión, y es justo hacerlo, la producción y el dominio de la energía nuclear. Y bien, he aquí otro tipo de energía nuclear, de energía divina, que se mezcla en la historia de los hombres. Es la oración vinculada al misterio de la cruz que se convierte en agua viva y fecunda en cada uno y en todos”¹¹.

⁷ Giorgio La Pira, *Lettere alle Claustrali*, lettera XXXIII (1960), Milano 1978.

⁸ Giorgio La Pira, *L’attesa della povera gente*, Cronache Sociali, 1, 1950.

⁹ Piero Lazzarin, *Messaggero di Sant’ Antonio*, febbraio 2004.

¹⁰ Giuseppe Lazzati, Introduzione a *Lettere alle Claustrali*.

¹¹ Giorgio La Pira, *Lettere alle Claustrali*.



La lectura de estas cartas revela los tres elementos centrales de la espiritualidad de La Pira: el misterio de la Cruz, eucarísticamente vivido con intensidad como participación en el misterio de la inmolación de Jesús; la Resurrección en perspectiva de la vida nueva, no sólo como meta última sino también como preparación cotidiana; y María, considerada en la vida individual y en la historia del mundo como un puente de gracia y de paz¹².

Hoy podemos constatar cómo algunas de las “profecías” de La Pira se han cumplido: la caída del muro entre el Este y el Oeste, la unidad del continente europeo, el resurgimiento religioso en Rusia, el diálogo ecuménico... Pero otras tragedias y otras guerras llenan de sangre el mundo; otros bárbaros recorren sus caminos. La nueva estación de la posmodernidad y de la globalización ha generado nuevos enemigos que atentan a diario contra la libertad y la integridad de la persona, acaso de manera más perversa y rebuscada que en los tiempos de La Pira. Antiguas y nuevas modas culturales parecen minar los fundamentos de la ciudad del hombre, de aquella ciudad armoniosa que él soñaba.

Resulta curioso que muchos de los temas que le preocupaban a La Pira, entonces apenas esbozados y entregados a nuestra reflexión por su prosa poética, vuelvan de manera inquietante a presentarse bajo otras formas.

Una enorme bibliografía hoy se interesa por el fenómeno de la ciudad y su informe expansión. El sociólogo francés Marc Augé habla de *no lugares*, los que son siempre iguales a sí mismos en cualquier latitud del mundo, donde parece perderse el sentido de comunidad (y caen también los símbolos amados por La Pira: el campanario, el palacio comunal, la plaza). Zigmund Baumann advierte que es necesario reencontrar la antigua *agora*, donde la libertad individual se convierte en compromiso colectivo. La universalidad que muchas veces vivimos en nuestros días es muy poco humana, a través de las leyes del determinismo económico destruye el pluralismo de las culturas y su creatividad. Así, en la perspectiva de la “uniformidad como proyecto” (Ulderico Bernardi) se vuelve a hablar de las ciudades como las únicas realidades que podrán salvar las identidades locales y construir un diálogo virtuoso capaz de afrontar las nuevas situaciones. Se vuelve a hablar de la “urgencia de una sociedad mundo” (Edgard Morin) que detenga las fuerzas del caos y la destrucción.

Otros (George Ritzer) denuncian una nueva “religión del consumo” que condiciona a través de un “encanto” (de tipo religioso) la libertad y la capacidad de opción. Lo que La Pira llamaba “espontaneidad”.

Otros aún nos ponen en guardia ante la invasión de imágenes que hacen desaparecer la percepción del territorio donde se vive, sustituido por mundos digitales y virtuales, las “habitaciones telemáticas” como las llama Giovanni Bianchi. Jean Baudrillard habla de la desaparición de la realidad como “crimen perfecto”. Y todo sucede en una sociedad cada vez más “líquida” (Z. Baumann) donde desaparecen las tradicionales certezas, los puntos de referencia, y donde todo cambia tan velozmente que se convierte en relativo, en inconsistente. Pero donde, al mismo tiempo, más se advierte la necesidad de un sentido. Ese “sentido” señalado desde siempre por La Pira a los jóvenes.

Ha escrito recientemente un estudioso refiriéndose a Giorgio La Pira: “El hombre moderno está en búsqueda de palabras nuevas, tanto en la ética como en la política, pero como sucede a menudo en la

¹² cfr. Giuseppe Lazzati, *Introduzione a Lettere alle Claustrali*.



historia de la cultura, lo nuevo puede ser lo antiguo, también lo olvidado y lo removido que vuelve a emerger”¹³.

En este cuadro de situación, el pensamiento de La Pira se torna actual, sobre todo si se conjuga con su fe simple y robusta y su gran carga de esperanza.

Sus palabras, tan llenas de significado, siempre encarnadas en la acción cotidiana, pueden convertirse en la útil “mochila” de todo hombre de buena voluntad que no quiera rendirse y dejar de asumir las propias responsabilidades en el aquí y ahora donde se encuentra. Acaso, recordando aquella expresión del poeta Rostand que La Pira gustaba repetir: *“Il faut forcer l’aurore à venir, il faut croire à la lumière pendant la nuit en y croyant”*.

¹³ Giorgio Campanini, *Il pensiero politico tomistico nel Novecento. I contributi di Maritain e La Pira*, Aggiornamenti sociali, 2, 2004.